

## **CUENTO: LA FLOR SUBLIME**

**M<sup>a</sup> Carmen Gil del Pino**  
**Profesora Dpto Educación**  
**Facultad Ciencias de la Educación**  
**Universidad de Córdoba**  
**Noviembre/04**

Numerosas estrellas habían encendido el cielo, y la luna, por fin, se había llenado. Aquel hombre yerto, antes de lanzar el último suspiro, abrió sus ojos moribundos y, con una mirada terriblemente afligida, hizo acercarse a sus tres hijos, a los que habló así:

- Hijos míos, mirad el triste estado en que me encuentro. El número de mis males sobrepasa el de las estrellas que iluminan la noche. Mis esfuerzos por vivir son ya estériles. Apenas si puedo pronunciar estas palabras. No lloréis. En lugar de verter lágrimas, id en busca de la dicha que yo no os pude procurar. Os doy mi bendición, pues ningún otro bien tengo en este mundo. Sed siempre justos y benéficos.

Dichas estas cortas palabras, una palidez mortal cubrió el rostro del desgraciado padre, y sus ojos, fijos en el cielo, se apagaron para siempre. Los tres jóvenes, anegados de dolor, se deshicieron en copioso llanto.

Al día siguiente, los hermanos partieron en busca de fortuna. Como no tenían nada, nada pudieron llevar consigo. Al cabo de siete días de andar y andar, llegaron a las puertas de una opulenta ciudad. La entrada estaba defendida por dos fuertes guerreros que obedecían a un venerable anciano. Cuando estuvieron ante su presencia, comprobaron que éste era ciego. El mayor de los hermanos dijo:

-¡Oh, venerable! Permítenos entrar en la ciudad, pues somos hombres de bien.

-Nadie puede entrar en esta ciudad si trae las manos vacías –replicó el anciano.

Los jóvenes volvieron sobre sus pasos en busca de algún presente que ofrecer al respetable guardián. Hallaron un rico vergel lleno de jugosos frutos y variadas flores. El mayor, guiado por un aroma penetrante que contenía el aire, llegó a un arbusto del que pendían infinitas flores. Tomó una de ellas, pequeña, blanca y tierna. Era un jazmín. El segundo, fascinado por una pura y encendida rosa, la cortó de su tallo. El menor de los hermanos no podía apartar su mirada de una rarísima flor, nunca hasta entonces vista por él. Fue ésta la que escogió para presentarla al custodio de la ciudad.

Vueltos los hermanos ante el anciano, el primero le ofreció el jazmín. Tomándolo entre sus dedos, el respetable viejo pronunció estas palabras:

-Bien has elegido. Entra en la ciudad. Serás un hombre útil a los que moran en ella. Tendrás que soportar con firmeza los trabajos de cada día, pero tu carácter se templará con ellos, igual que esta flor resplandece mientras resiste el rigor del estío. Sin embargo, has de saber que llegará el invierno, y ambos pereceréis.

El segundo de los hermanos entregó la roja rosa a aquel sabio que, penetrado de su aroma, habló así:

-Has elegido la más hermosa de entre las flores. Entra en la ciudad. A altas metas aspiras. Tu voz será oída por el pueblo, a quien guiarás. Recibirás honores y privilegios, pero tus días de gloria serán efímeros, como el esplendor de esta rosa que me entregas.

Después se adelantó el hermano menor, y entregó la flor escogida al docto guardián. Palpándola delicadamente con sus trémulos dedos, éste quedó en suspenso y sobrecogido. Sus ciegas pupilas se humedecieron y por un momento pareció que cobraban vida:

-Sin duda, tu elección es la mejor de todas. Esta flor es sublime. Guarda escondido un inmenso tesoro, pues ella es engendradora de todas las demás. Entra en la ciudad. Tú serás el maestro de los hombres. Emplearás tus años en la búsqueda del saber para entregárselo a ellos. Modelarás el alma humana y le inculcarás los principios morales que hacen posible la convivencia. Pervivirás en cada hombre al que eduques, como esta flor permanece y se renueva cuando brotan todas las que adornan la faz de la tierra.

Y tras estas solemnes palabras los dos fornidos guerreros abrieron las puertas de la ciudad y permitieron que los tres jóvenes habitaran en ella.